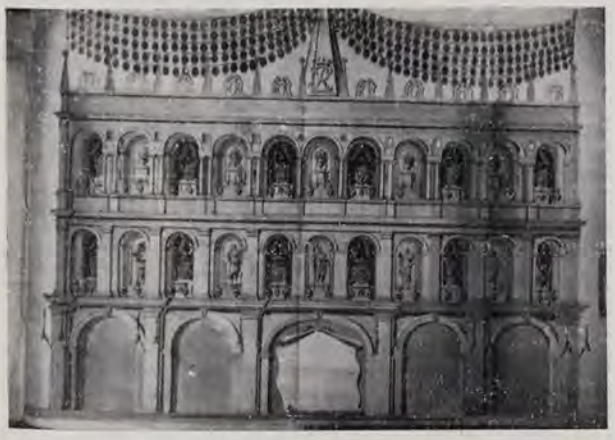
UN EJEMPLO DE ARQUITECTURA EFIMERA CLASICISTA: ADORNO Y LUMINARIAS DE LA LONJA DE LOS CANONIGOS DE LA CATEDRAL DE VALENCIA EN 1802



En el libro *Deliberaciones y acuerdos capitulares en el año 1802*, perteneciente al archivo catedralicio de Valencia, podemos contemplar un excelente dibujo a la aguada, cuyo valor testimonial sobre el ornato efímero de los edificios públicos valencianos a finales del XVIII resulta fundamental. Desconocemos su origen y razón, aunque podemos presumir que se trata de un ejercicio académico, incluido en la crónica de la parroquia metropolitana, debido a la calidad del diseño. Este, muestra la interesantísima ornamentación efímera a la que se vio sometida la Obra Nova de la Catedral, en 1802, con ocasión de la visita de la familia real española a la ciudad de Valencia. Sus luminarias estuvieron muy cerca de proporcionarle el premio a la mejor engalanación arquitectónica de los festejos.

Las arquitecturas efímeras —altares, arcos de triunfo, luminarias, ornamentación de fachadas, carros, etc.— gozaron durante los siglos XVI, XVII y XVIII de gran esplendor en nuestra ciudad. Los libros de fiestas seiscentistas nos muestran en sus ilustraciones magníficos exponentes del buen hacer del gremio de carpinteros en la construcción de carros de triunfo, altares, arcos y demás decoraciones ornamentales (1). Durante el XVIII, la reacción clasicista que proveniente de Europa interrumpe tímidamente dos siglos de dominio barroco, posibilita nuevas soluciones en el arte efímero: los montes artificiales, emblemas, artificios mecánicos y demás recursos barrocos pierden el favor de los artesanos y diseñadores, siendo progresivamente sustituidos por los más académicos capiteles, columnas y pilares. Asimismo, espectáculos con gran peso en la tradición festiva local —como por ejemplo las corridas de toros (2)—, dejan paso a otros mucho más novedosos —la Naumaquia del Turia en 1755 (3)— determinando un cambio en la concepción de los decorados efímeros.

La acogida dispensada en noviembre de 1802 a los monarcas españoles, es el último gran exponente de la tradición festiva valenciana antes de la guerra de Independencia y de la ruptura de dos siglos de estatismo social. Las crisis políticas del XIX impedirán que el festejo siga siendo el estandarte de la "sociedad feliz" del antiguo régimen, tal como había sucedido durante casi trescientos años.

Enterado el cabildo de la ciudad de que la familia real —Carlos IV, María Luisa de Borbón, los príncipes e infantes de España y don Francisco Genaro y doña María Antonia, príncipes de Nápoles— en un recorrido iniciado y finalizado en Madrid, tienen el objetivo de visitar nuestra ciudad, junto a Zaragoza, Barcelona y Cartagena, disponen las medidas necesarias para que la ciudad ofrezca el aspecto principesco que se supone debe tener en tan magno acontecimiento. Calles y plazas son engalanadas fastuosamente, pero donde el adorno alcanza mayores dimensiones es en la plaza de la Virgen, pues la visita obligada de los monarcas a la Catedral y a la Basílica supuso que en sus respectivas fachadas se concentrase la ornamentación (4).

Conocemos el adorno de la Basílica gracias al grabado que recoge Carreres Zacarés en su estudio sobre los libros de fiestas valencianos (5): en él podemos apreciar la disposición de las luminarias en la fachada que da a la plaza, así como el altar erigido por el colegio de Pasamaneros y Cordoneros. Este grabado nos facilita enormemente la comprensión de ese otro recurso efímero tan característico del barroco como son las luminarias, y que muchas veces, debido a la ausencia de ilustraciones y a la farragosidad de los textos, resultan difícil de visualizar. Si lo cotejamos con el otro gran exponente del adorno nocturno dieciochesco, la casa de Valerida y Proxita en 1755 (6), apreciamos enseguida una gran diferencia: frente al abigarramiento, confusión y "horror vacui" del segundo, el adorno de la capilla de la Virgen se nos presenta serenamente diseñado, buscando una racional adaptación a la estructura arquitectónica.

Pero donde los artífices del engalanamiento mejor pudieron plasmar el nuevo espíritu clasicista fue, sin lugar a dudas, en la Obra Nova de la Catedral o Lonja de los Canónigos, gracias a la sobria y elegante disposición de su fachada —de planta poligonal—, diseñada por el afamado carpintero y tallista Gaspar Gregori: su triple orden de arquerías superpuestas y desnudas de ornamentación constituída el lugar idóneo para desplegar todas las posibilidades que ofrece la ostentosa y barata decoración efímera,

(1) Véanse al respecto los grabados que acompañan las crón as de Valda (1663) y Ortí (1655 y 1659), entre otras.

(2) Estas desaparecieron, no por perder el favor del público, sino por ser prohibidas por el monarca ilustrado Carlos III.

(3) SERRANO: *Fiestas Seculares con que la coronada Ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la Canonización de... S. Vicente Ferrer*, grabado de Carlos Francia.

(4) *Demostraciones de amor, fidelidad y obediencia, en varios festejos, adornos de carrera y otras particularidades que proviene para obsequio de sus Augustos Monarcas, en su feliz llegada, la M. N. L. y Fidelissima ciudad de Valencia*, Valencia, imprenta del Diario, 1802.

(5) CARRERES ZACARES: *Ensayo de una bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo Reino.*

(6) SERRANO: op. cit., págs. 199-203. Grabado de Carlos Francia.

como así hicieron sabiamente los mentores del adorno. La severidad de las arquerías facilitaba la tarea, al no ser necesario ocultar las incómodas manifestaciones barrocas que salpicaban la práctica totalidad de los edificios religiosos y laicos de la ciudad.

Pasemos seguidamente a analizar este ejemplo sin par del arte efímero de principios del XIX.

El primer cuerpo, con pilastras de orden toscano, fue dejado prácticamente desnudo de decoración, exceptuando las luces de cera que, en número de dos, enmarcaban cada pilastra. Por el contrario, el segundo y tercer cuerpo —con pilastras jónicas adosadas y columnas pareadas exentas del mismo orden respectivamente— concentró todo el adorno: se dispuso en su interior un duplicado de las arcadas exteriores, fingiendo en un bastidor tantos nichos como arcos tiene cada una de las dos galerías, lo que produjo un convincente efecto de perspectiva.

Ocupaba el nicho central del segundo cuerpo la estatua alegórica de la Religión, según los postulados iconográficos difundidos por Cesare Ripa (7): una joven mujer, apoyada en la gran cruz de madera y sosteniendo una llama de fuego en una mano. Los dos nichos colindantes mostraban sobre un pedestal dos óvalos coronados; cortinas recogidas de damasco carmesí con franjas de oro, los enmarcaban. En uno de los óvalos podemos apreciar el inconfundible anagrama mariano.

Las restantes hornacinas de este cuerpo alternaban trofeos con las figuras alegóricas de las Virtudes Cardinales, todas ellas representadas por jóvenes mujeres portadoras de los atributos que las identifican:

— Fortaleza: casco y columna.
— Justicia: balanza y espada.
— Prudencia: espejo y serpiente enroscada en una flecha (8).
— Templanza: riendas o frenos (9).

El tercer cuerpo no presenta elementos parlantes, y sus once nichos alternaron jarrones de flores sobre pedestales con nuevos trofeos.

La iluminación de toda la fachada corrió a cargo de unas candilejas verdes —en correspondencia con las luminarias de la capilla de los Desamparados— "siguiendo todas las líneas perpendiculares, horizontales y curvas de ella" (10). En efecto, observando el dibujo con detenimiento podemos apreciar como a lo largo de las molduras de la cornisa, pilastras, nichos y arcos, una ininterrumpida ristra de bolitas dibuja los elementos arquitectónicos reales y fingidos de los órdenes superiores. Junto a las candilejas se colocaron frente a cada hornacina dos jarrones en los que ardían materias inflamables y en los paños de la pared, velas de cera sobre soportes dorados.

Finalmente, se dispuso sobre el gran friso que concluía armoniosamente la fachada —desaparecido en la actualidad—, un exuberante alumbrado consistente en la alternancia de pirámides y escudos lumínicos, destacando en su centro una cifra coronada con las iniciales de los monarcas. Tras ésta se elevaba una gran pirámide que sirvió de refuerzo a los varios cables atados de extremo a extremo de la fachada, con el fin de suspender de ellos los globos luminosos:

> "En esta iluminación se vieron arder quince mil luces: con la inteligencia, que á pesar de los furiosos vientos que se experimentaron en aquellas noches, se sostuvo la iluminación, y se logró la mayor satisfacción y lucimiento." (11)

No cabe duda que se consiguió el efecto deseado, y que la racional y elegante distribución de luminarias, trofeos y alegorías, aprovechando la bella arcada renacentista, dio lugar a uno de los engalanamientos más sobresalientes del arte efímero valenciano.

VICTOR MANUEL MINGUEZ CORNELLES

---

(7) RIPA: *Iconografía*, pág. 522. Edición veneciana de 1645.
(8) Id., pág. 108.
(9) Id., pág. 619.
(10) *Continuación de la relación sucinta de los adornos de la carrera que previno esta ciudad a la venida de SS. MM. y AA. y algunas otras decoraciones que merecieron particular atención*, páginas 21 y 22.
(11) Id., pág. 22.